

Doris Heyden

Constanza Vega, Salvador Rueda y  
Rodrigo Martínez (coords.)  
*Códices y documentos sobre México:  
Segundo Simposio*  
2 vols., México, INAH-CNCA  
(Científica, 336), 1998.\*

En México, los códices pictóricos tienen gran importancia como fuente de información para el historiador del México prehispánico y colonial, para el estudio del arte, para el antropólogo, para el astrónomo, para el matemático o simplemente para la gente que ama lo interesante y bello. Este interés por los códices no es nuevo, a principios del presente siglo, historiadores como Eduard Seler, Zelia Nuttall o Francisco del Paso Troncoso fueron hechizados por las hermosas pinturas y por el reto de descifrar las entonces enigmáticas representaciones en los manuscritos.

Durante mucho tiempo, los códices fueron desconocidos por los estudiantes de esta rama de la historia y por el público en general. Una razón de ello es que el material sobre el cual se pintaban las imágenes —piel de animal o papel de corteza de árbol— es deleznable. Otra razón es que los conquistadores europeos veían a los códices como obras del diablo, que contenían mensajes de idolatría, y por lo tanto debían destruirse. Los pocos que sobrevivieron a la destrucción se encuentran en bibliotecas de diferentes partes del mundo: en París, Francia; en Liverpool, Inglaterra; en el Vaticano y Bolonia, Italia; en Dresden, Alemania; en Madrid, España; y por supuesto en México.

\* Ponencia presentada en el Centro Cultural Isidro Fabela, el 30 de abril de 1998.

Por fortuna, el mundo de la ciencia, la historia y el arte se ha percatado del inmenso valor que tienen los códices para la reconstrucción del pasado, gracias a ello ahora contamos con un inventario más o menos aproximado de los manuscritos sobrevivientes.

Unos buenos compañeros de los códices pictóricos son los documentos escritos durante la época colonial. También ellos son una gran mina de información. Las grandes obras del siglo XVI abrieron una ventana al conocimiento de la vida cotidiana de la gente que habitaba aquí antes del arribo europeo, de su religión, de sus creencias. Los oficios que practicaban, la naturaleza que los rodeaba, y sobre todo, la manera en que sus soberanos vivían y dirigían al pueblo. Entre los escritos más conocidos se encuentran los de Sahagún, Durán, Motolinía, Francisco Hernández, Torquemada y otros. Estas obras, con toda su riqueza de información histórica en sus páginas, han sobrevivido hasta hoy día. A pesar de que en 1577, Felipe II, rey de España, prohibió todo escrito que tratara sobre “supersticiones y manera de vivir de los indios”. Las obras de estos cronistas fueron escondidas, mutiladas o confiscadas, pero afortunadamente fueron redescubiertas en el siglo XIX y en la actualidad nos han servido como fuente de inspiración y base de información para nuestros estudios.

En este fascinante mundo de la historia de México, vista y leída a través de las “pinturas” —como se llamaban en las relaciones— y reconstruida gracias a documentos coloniales que se han conservado, acaba de aparecer un libro con portada de color jade y plumas de quetzal, que significa lo precioso. Esta preciosa obra, en dos tomos, presenta en sus páginas varios estudios acerca de las pinturas, las palabras, las ideas, el calendario, los dioses, las lenguas, la economía y otros aspectos de la vida en el México antiguo, escritos por investigadores especializados, publicada por el INAH y el CNCA, titulada *Códices y documentos sobre México: Segundo Simposio*.

Es imposible hablar de los 51 artículos, todos excelentes y muy valiosos. Si intentara hablar sobre sus autores, podría cometer una grave injusticia al no recordar alguno de ellos, riesgo que prefiero no correr. Por eso voy a referirme a algunos jades y plumas de quetzal, las palabras de los sabios, como diría Sahagún. En principio hay que recalcar que entre los autores se encuentran, por una parte, una rica cantera de futuros prolíficos historiadores, jóvenes talentosos que han desarrollado sus trabajos con todo profesionalismo y que seguramente guiarán los cauces de investigaciones venideras. Por otra parte, investigadores en pleno ejercicio de su madurez intelectual, que brindan sus más jugosos frutos a la ciencia histórica; y por último, una generación

de estudiosos que ya no somos tan jóvenes pero que seguimos trabajando con intensidad y compartiendo valiosas experiencias de años en el campo de la investigación.

En cierta forma, en la obra se observa cómo al paso de las generaciones, en México y más allá de sus límites políticos, se ha heredado un interés por estudiar, comprender y convivir con los pueblos indígenas. Por esto, debemos considerar a los autores en conjunto como herederos de la sabiduría de los cronistas de la época colonial, de los del siglo XIX y por supuesto de los del siglo que corre. Las obras muestran que en la actualidad se ha asumido con valentía el reto de esta herencia, reto que con todos sus avatares disfrutamos con todo y sus desvelos e infortunios diversos, es así que la presente edición es sin duda un motivo de profundo regocijo para sus creadores y para los espectadores destinatarios. Como estudiosos de estos manuscritos debemos estar conscientes de que esta labor tiene sus peligros. Para estudiar con profundidad las páginas pintadas en hojas de papel amate o piel, en cerámica o en los muros de monumentos, uno tiene que saber o aprender algo de historia, literatura, astronomía, geografía, botánica, religión, genealogía, y en casi de todo porque los códices hablan de estas cosas y más. El peligro consiste en contagiarse de la magia contenida en las páginas que nos señalan nuevos cambios o nos solicitan recorrer otra vez los conocidos. Los códices también hablan del universo de la música. Como decía Fernando de Alba Ixtlixóchitl, a los códices los leían los *Tlamatine*, los sabios, al ver las imágenes pintadas, al mismo tiempo que oían los cantares, los

cantos rituales, porque en ambos se encontraban metáforas y alegorías y sólo al estudiarlos juntos —los cantares y las pinturas— Ixtlixóchitl pudo entenderlos, ya que unos aclaran a los otros.

Unas palabras de un poema o cantar náhuatl ilustran este amor a los códices y cantos que servían tanto como educación como el placer, y que cita León-Portilla en *Licenciaturas mesoamericanas*:

Yo canto las pinturas del libro  
lo voy desplegando,  
soy cual florido papagayo  
hago hablar a los códices,  
en el interior de la casa de las  
pinturas. (1989:21)

Al pasar ligeramente la vista sobre el índice se aprecia cómo hemos incrementado nuestros conocimientos de los códices. Encontramos una gran diversidad de temas abordados en los artículos. Algunos se especializan por su precedencia ética, otros por la época en la que fueron elaborados o por el aspecto de la vida del que se ocupan, etcétera. Vemos cómo los enigmáticos códices mayas siguen guardando celosamente algunos misterios acerca de su sistema de escritura. También observamos varios trabajos sobre la iconografía religiosa de diversas áreas de Mesoamérica, con propuestas a considerar en futuras investigaciones. Es claro también que en la actualidad hemos dado un giro en nuestra actitud ante el estudio de estos manuscritos, pues empezamos a intentar dar luz a los criterios que los indígenas aplicaban en el registro de su historia, es decir, tratamos de entender cuáles eran los acontecimientos que desde su punto de vista eran

importantes y merecían registrarse en los códices, ya sea por motivos económicos, políticos, religiosos o otra índole. También observamos cómo la gran cantidad de documentos no han conducido a parcelar su estudio, a veces con criterios geográficos. Gracias a esto ahora experimentamos agradables sorpresas, como la presencia de estudios sobre zonas que hasta ahora habían merecido poca atención por parte de los investigadores, como la tarasca, de la que aún nos queda mucho por conocer. De esta forma, la presente publicación es de valor inapreciable, pues refleja cómo los estudiosos de distintas áreas en el estudio de los códices conviven para recrear, compartir y dialogar sobre sus hallazgos y así construir nuevas metodologías al respecto.

Los coordinadores de este trabajo, Constanza Vega, Salvador Rueda y Rodrigo Martínez, merecen una felicitación y un aplauso por haber dedicado tanto esfuerzo, tanto amor e interés en la creación del libro de palabras preciosas, de jade y plumas de quetzal, con los artículos del segundo simposio sobre “Códices y documentos de México”, que se llevó a cabo en la preciosa ciudad de Taxco, Guerrero.

El esfuerzo de los coordinadores de presentarnos este mundo de códices y documentos ha despertado el interés por abundar más acerca de estos temas. Su labor nos muestra que el estudio de las fuentes son una veta lejana de agotarse, una veta que conforme más exploramos, se nos presente cada vez más rica.

Creo que los trabajos de la obra que presentamos hoy, harán hablar a los códices y cantar a las hojas.